



Sentirse uno con el río

Por Cecilia Amadeo Lastra

T tiempo atrás, allá por el 2017, junto a mi hermana Belén nos inscribimos en el curso de timonel que ofrecía el Club. Éramos dos páginas en blanco sin ningún conocimiento previo, pero dispuestas a liberar amarras y emprender un viaje de aventuras.

Comenzamos tímidamente, aprendiendo de la mano de los instructores **Leonel Lalin** y **Nicolás Volpini**, quienes con mucha dedicación (y sobre todo

paciencia!) nos enseñaron que «tirar de la soga» en idioma nauta se decía «cazar el cabo», que «doblar» se decía «virar» y que «desplegar velas» era mucho más que eso: era sentirse libre, sentirse parte del río, sentir el viento en la cara y usarlo a tu favor.

Se formó un grupo de excelentes personas que navegada tras navegada se conocía un poco más e iba generando vínculos de amistad que aún perduran en el tiempo.



Cómo olvidar el ansiado cruce a Colonia, los paseos por sus antiguas calles empedradas, las flores violetas, los bares y negocios, el dormir por primera vez a bordo del barco escuchando el sonido del viento y los mástiles tintinear... El muelle, el faro y esa vista a nuestro amado Río de la Plata, que cuando el sol se asoma convierte sus aguas turbias en un resplandor plateado que invita a navegar.

Fue una de las etapas más felices y que siempre recordaré con una sonrisa en la cara, pero, como toda

etapa, culmina y se vuelve a la rutina, donde uno vive corriendo y se olvida de frenar, mirar alrededor y disfrutar de ese instante. Fue así que retome la actividad náutica, necesitaba sentirme viva otra vez, pero esta vez fue de la mano de Rodrigo Chela, instructor a cargo del curso de Jota 24. Un curso más regatero, donde no estaban permitidos los mates a bordo ni el sandwichito para matar el hambre; se navegaba y se pasaba de banda a banda como en el ejército militar. Las piernas cubiertas en moretones, algún botavarazo ligado de rebote era moneda corriente



y las correcciones permanentes hicieron que el navegar se eleve a otro nivel y que espere con ansias que sea domingo para volver a salir a navegar. Así fue como esa felicidad volvió sin buscarla, el sentirse uno con el río volvió a cobrar sentido. Tan es así que aun habiendo terminado el curso, seguimos navegando todos juntos.

Se unieron las brujas, los nuevos alumnos y los viejos, se armaron campeonatos entre nosotros para seguir aprendiendo. Aprendimos a trimar una vela, a mirar el gratil, a trabuchar una y mil veces hasta perder la noción de dónde estaba la costa y sobre

todo aprendimos a navegar con spinnaker, una vela que cobra protagonismo cuando se iza, no solo por sus vibrantes colores, sino porque hace que el velero vaya danzando sobre el agua.

Agradezco mucho al Club el haberme dado la oportunidad de incursionar en este fascinante mundo y que aún no termina: próximamente estaré dando mi examen de patrón para algún día poder ir más allá de las aguas del Río de la Plata y vivir la experiencia de navegar en el mar.

Continuará...

